RECONOCIMIENTO

DEL RIO

PEPIRI-GUAZU,

POR

D. JOSE MARIA CABRER,

CORONEL DE INGENIEROS, SEGUNDO COMISARIO Y GEOGRAFO

DE LA

SEGUNDA PARTIDA DEMARCADORA,

EXTRACTADO

DE SU DIARIO INEDITO.

Primera Edicion.

BUENOS-AIRES.

IMPRENTA DEL ESTADO.

1836.

PROEMIO

AL

RECONOCIMIENTO DEL PEPIRI.

El rio *Pepiri*, de que apenas se hace mencion en las obras de geografia, no carece de importancia en la historia diplomàtica, por ser el punto céntrico de la lìnea divisoria, proyectada en los tratados de 1750 y 1777.

Por el artìculo V del primero se convino en que esta lìnea subiria por las aguas del Uruguay hasta encontrar la boca del *Pepiri*, siguiendo aguas arriba de este rio, hasta su origen principal, y continuando por lo mas alto del terreno, hasta la cabecera principal *del rio mas vecino* que desemboca en el *Iguazú*, ò rio grande de *Curitibá*.—Y, al ratificar esta disposicion en el artículo VIII del segundo tratado, se determinó el sentido de la voz vaga de *rio mas vecino*, designando el de *San Antonio*. Era, pues, indispensable fijar el curso de ambos rios, para trazar con acierto la lìnea de demarcacion desde la barra del Chuy hasta la boca del Yaurú.

En el informe del Virey Arredondo (§§. 18 y 19) se dice, que la òrden comunicada al Gefe de la segunda partida demarcadora, en 13 de Abril de 1790, fué egecutada por Oyarvide; mientras que del presente diario resulta, que Cabrer dió principio à este reconocimiento el 17 de Noviembre de 1788, cuando ya habia terminado el de su compañero Oyarvide. (1) El caràcter sumamente honrado del Coronel Cabrer no permite dudar de sus asertos, y mas bien nos inclinamos

(1) Pág. 9.

à creer equivocado el del Virey: á mas de que, tan animado es el cuadro de las dificultades y peligros de este reconocimiento, que solo pudo delinearlo el que los habia arrostrado.

El objeto de la expedicion fué llenado completamente, aunque en sentido contrario á lo que se habia estipulado: porque, ni el rio San Antonio corre inmediato al Pepirí, ni sus cabezeras estan *en lo mas alto del terreno*, sino en un bañado bajo é intransitable.

Se adquirio tambien una noticia mas detallada del curso del Pepirì, que, segun el diario, nace en la falda de una hermosa colina, cubierta de pinos, (ó *curis*, como los llaman los guaranìs) por los 26° 10' de latitud; recorriendo tortuosamente (2) un espacio de 41 leguas, que quedarian reducidas á menos de la mitad, si lo cruzase en línea recta. Su navegacion es casi impracticable, por los numerosos saltos y arrecifes que la embarazan, y por la velocidad de la corriente, que empuja las aguas con ímpetu extraordinario hacia el Uruguay.

Cuando el Señor Cabrer nos comunicó este artìculo, estabamos lejos de preveer que contraiamos la obligacion de anunciar su muerte; ocasionada, segun dicen, por su imprudente confianza en los consejos de un amigo, que le recetó un remedio violento, sin las precauciones que se requieren para atenuar sus efectos. Estos esperimentos, que suelen hacer estragos en las constituciones mas robustas, cortaron muy pronto el hilo de una vida, debilitada por los trabajos y los años. No la recorreremos minuciosamente, porque no lo comporta el plan de nuestra obra; pero tampoco nos escusaremos de bosquejarla, para no incurrir en la nota de ingratos.

D. José María Cabrer nació en 1761, en Barcelona, en cuya academia empezò su educacion, alternando con Azara, bajo la direccion de su propio padre, que de simple profesor de matemáticas llegò à ser Teniente General, y Director en gefe del Real Cuerpo de Ingenieros.

---

(2) Esta sinuosidad la lleva expresada en su nombre, que en guaraní quiere decir, "rio que da vueltas", de *pepí*, torcido, é *í*, rio.

Los aprestos considerables de Espana para recuperar Mahon y Gibraltar que habia perdido en la guerra de sucesion, interrumpieron los estudios del jóven Cabrer, y lo echaron prematuramente en las filas del ejército.

Destinado à la expedicion de la Jamaica, que se preparaba en Cádiz, al mando del General D. Victorio de Navia, estaba à punto de embarcarse, cuanto recibiò la òrden de pasar al Rio de la Plata, para tomar parte en la demarcacion de lìmites en la frontera del Brasil.

Llegó à Buenos Aires el dia 1.° de Enero de 1781, y aprovechò la demora que sufrieron estos trabajos, para completar sus conocimientos, y ponerse en aptitud de desempeñar con honor un destino en que tenia que competir con los primeros facultativos de la peninsula.

Esta inaccion duró hasta fin de 1783, en cuyo ano fué à la Banda Oriental à levantar el plano de la Laguna Merin, primer punto de arranque de la demarcacion. Dotado de un génio fervido y perseverante, buscaba con ardor las ocasiones para desplegarlo, y no rensó ninguna, por mas ardua y peligrosa que fuese.

De la division del Brigadier Varela se incorporó à la de D. Diego de Alvear, encargado de reconocer el curso del Paranà y del Uruguay, con el territorio adyacente de Misiones. Esta parte de la línea, que dejaron indecisa los primeros demarcadores, fué determinada por los segundos, que triunfaron de todos los obstàculos que les oponia la naturaleza, y el gènio apàtico y caviloso de los portugueses.

Cabrer permaneció en este destino hasta el año de 1801, en que volvió à Buenos Aires para recoger el despacho de Teniente Coronel. Su enlace con una señora de Misiones, y la esperanza de verse pronto en el seno de su numerosa família, lo llenaban de júbilo, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre octogenario, que bajó al sepulcro, acompañado de dos hijos, una hija política y un nieto.

Estas perdidas simultáneas, y el estado polìtico de Europa, le decidieron à establecerse en este pais, sin que por esto se enfriase su vivo amor á la patria, que no pudo olvidar en 55 anos de ausencia.

A pesar de la ninguna parte que tomò en los cambios polìticos que se verificaron despues, la primer Junta gubernativa le nombró para Director de una academia de matemàticas, que no llegó á organizarse, y para secretario del Estado Mayor, que no quiso admitir. Solo en 1831 consintiò en aceptar un destino en el Departamento Topográfico, en cuyo egercicio murió el 10 de Noviembre de 1836. condecorado con el grado de Coronel de Ingenieros, á que fué promovido en la última época del gobierno colonial.

Ocupado en coordinar los infinitos materiales que habia juntado para la historia de la demarcacion de límites, cifraba su ambicion en dejar este monumento de su aplicacion, y del mérito de sus colegas. Consta de cuatro tomos, de mas de 2,000 páginas, ilustrados con muchos planos y mapas, construidos y dibujados por su autor. Esta obra, fruto de ímprobos trabajos y de preciosos documentos autènticos, está inedita en poder de la viuda del Coronel Cabrer, de cuyas manos es probable que no tarde en salir para sepultarse en algun archivo secreto. Si así fuera, lo ùnico que quedarà para el publico de este laborioso oficial, seràn estas pocas pàginas de su reconocimiento del rio *Pepiri*.

Buenos Aires, Marzo de 1837.

PEDRO DE ANGELIS.

RECONOCIMIENTO

DEL RIO

PEPIRI-GUAZU.

El 17 de Noviembre de 1789 se me nombró para el reconocimiento del rio Pepirí, y el dia 19 del mismo mes, salí con mi gente del campamento del Ñucurá-guazú, atravesando la ceja de un bosque de 16 leguas, que media entre este punto y la márgen meridional del rio Uruguay, donde se habian hecho construir unos ranchos para el depósito de los víveres. Llegamos á dicho punto el dia 23, y desembarazados de las atenciones y arreglo del viage, el 8 del siguiente mes dimos principio á nuestros trabajos, con el capitan de artilleria y astrónomo Joaquin Felix da Fonseca, que venia por parte de Portugal. Al cruzar el Uruguay para llegar á la barra del Pepirí, que era nuestro punto de reunion, la canoa que conducia nuestras provisiones y equipages, fué arrastrada de las corrientes, olas y hervideros del rio, y zozobró de repente, librando casualmente la vida el dragon que iba de custodia en ella, y los indios remadores. Estos naufragios fueron tan frecuentes en el Pepirí, que llegamos á familiarizarnos con ellos. Las volcaduras de las canoas, con pérdida de algunos que no sabian nadar, y siempre con averias de nuestros cortos hatos y comestibles: la dura pension de arrastrarlas en largos trechos por encima de las piedras, con la gente en el agua: la de montarlas á fuerza de brazos por los innumerables arrecifes y saltos, transportando la carga á hombros por tierra: la continua batalla y el choque perpetuo de las aguas que habia que vencer; los remolinos peligrosos, los hervideros rapidísimos; la anticipada fatiga de sondar y escoger los mejores canales que formaban las islas; la de limpiarlos de la ramazon alta de los árboles de que estaban cubiertos; y finalmente la de remover y apartar los viejos troncos, chopos ocultos, peñascos diferentes, lajas resbaladizas y cortantes, con otra infinidad de estorbos, que detenian á cada paso nuestras pequeñas embarcaciones, &a.—todos estos incidentes de una navega-

cion nueva y desastrada, nos hicieron emplear hasta el 25 de Diciembre en subir la distancia de veinte leguas, sembradas de ciento cincuenta y cinco arrecifes de dificil paso, y de dos saltos de mas consideracion: hasta llegar á la altura observada de 25° 51'; siendo el cauce del rio tan tortuoso y quebrado, que la misma distancia, medida por su rumbo directo, que es de NE $\frac{1}{4}$ al N, no pasa de siete leguas.

Un poco mas arriba de este parage, en la pasada demarcacion del ano de 1759, dejaron tambien sus balsas los demarcadores, no siendo el rio de manera alguna navegable por su corto caudal de aguas, la escabrosidad de su fondo y la aspereza de sus barrancas en las márgenes. En la de occidente formamos unos ranchos para depósito de los pocos bastimentos que teniamos, y despachando el 30 algunas canoas, bajo la conducta del teniente de milicias del Paraguay, D. Juan José Valdez, por los que considerábamos habria ya en los ranchos del Uruguay, seguimos el 13 de Enero de 1790 nuestro reconocimiento, por tierra y á pie, no habiendolo permitido antes las lluvias y tormentas casi diarias. (Campamento de las canoas y punto de la salida, latitud observada 26° 50' 40.")

Doblada una pedregosa sierra con algunos regajos de corta entidad, paramos el 16 á las 3 leguas, despues de haber registrado el desmonte hecho por los demarcadores del ano 59, y reconocido en su centro el gran árbol de *tupiá*, con una cruz grabada en su tronco, como marca del término de su exploracion. Y aunque habian pasado tantos anos, le faltaban á los brazos y cuerpo principal de dicha cruz muy cerca de dos pulgadas para cerrarse. Acostumbrados en el Parana á enriquecer y extender nuestros conocimientos sobre los últimos rastros de nuestros antecesores, mas animosos ahora pasamos adelante, abriendo á repetidos golpes de machete la intrincada y áspera brena, tan dificil de romper en las márgenes y cercanias del rio, del que no podiamos separarnos sin perderlo, extraviándonos por lo interior del bosque. Con la precisa demora de esta diaria ocupacion en el sinuoso *zigzac* que seguiamos, eran muy cortas nuestras jornadas: tanto que por lo regular no excedian de una milla ó media legua, y á veces haciamos alto en el mismo sitio de la noche anterior, despues de haber dado una gran vuelta con el rio, que pudieramos haber ahorrado, cortándole por su garganta, si hubiesemos tenido noticia anticipada de ella. Un arroyo no pequeño, con barranca de piedra viva y escarpada, á manera de un muro inaccesible, nos obligó el dia 27, despues de andadas nueve leguas, á pasar con agua á la cintura á la costa oriental, por sobre un salto que era ya el octavo que contabamos. Allí dejamos una cruz para que sirviese de guia á los que nos conducian los víveres, y que aguardabamos con ansia por las necesidades que experimentábamos.

Segun nos íbamos internando, mas erizado hallabamos el terreno, de monstruosos peñascos, elevados cerros, lajas acantiladas, y simas profundas, y mas se multiplicaban tambien los saltos del rio, que nos obligaban á repasarlo á menudo de uno á otro lado. Siguiendo adelante, crecian las dificultades de nuestra marcha, en la misma razon que los embarazos de nuestra retirada que, en caso de crecientes, se hacia imposible, por los obstáculos que nos cercaban y la falta de auxilios para superarlos. Fuera de que, habiamos notado varias veces, desde nuestra entrada al Pepirí, vestígios de infieles, que fueron aun mas frecuentes desde el Puerto de las Canoas, cuyas tolderias, de distintas y numerosas parcialidades, aumentaban nuestro cuidado, por estar recien desamparadas, y los fogones aun humeantes: mientras que nuestras fuerzas se reducian al solo dragon Juan Luejes, (1) y á cuatro soldados mas que llevaba nuestro concurrente Fonseca.

Sin embargo, redoblando nuestra vigilancia, como lo exigia el caracter feroz de aquellos habitantes del bosque y la cortedad de nuestros recursos, repartidos en varios trozos, proseguimos otras cinco leguas de nuestra trabajosa derrota; hallando varios islotes, y algunos regajos que se precipitaban de las elevadas quebradas y empinados cerros de ambas orillas, para aumentar el caudal del rio.

Considerando la suma escasez de nuestras provisiones, que consistian en unas 18 á 20 libras de carque, y poco mas de una cuartilla de habas secas; la tardanza del socorro que tanto habiamos recomendado; la incertidumbre del que nos habia de venir del Uruguay; el general desaliento y la debilidad de nuestra corta comitiva, agobiada del peso de los instrumentos astronómicos, del duro trabajo de romper el bosque, y del cortísimo é insubstancial alimento: viendo entre los enfermos que contabamos; al mismo capitan Joaquin Feliz da Fonseca, que con las piernas hinchadas hasta las rodillas, hizo este dia la jornada, cargado por dos indios en una palanca y en un poncho, del que le hicimos una hamaca:—todos estos inconvenientes, y demas obstáculos que nos circundaban por todas partes, dificultando cada dia mas, ó imposibilitando del todo la continuacion de aquella diligencia, nos hicieron acordar el 30 nuestro regreso, y lo pusimos en práctica el dia siguiente; dejando grabado en el tronco de un grueso árbol de cedro de la costa occidental, la inscripcion siguiente: *Saliens in montibus, transiliens colles: quæsivi illum et non inveni. A.* 1790.

Agréguense á lo dicho, las gruesas y frecuentes lluvias, los tiem-

(1) Padre del desgraciado correo José Maria Luejes, que fué degollado en la comitiva del Señor General QUIROGA.

pos desechos de turbonadas, y mas que todo, los furiosos huracanes que arrancaban de raiz los árboles de aquellos bosques seculares. La lluvia era casi continua, y hubo temporal que se prolongo, aunque con algunos intervalos, por el espacio de 21 dias. Nos fué preciso usar de la ropa mojada por la imposibidad de cambiarla; lo que nos hacia mas insoportable el cansancio de las largas jornadas à pié, y de las continuas vigilias: acometidos por enjambres de sabandijas y de insectos voraces de sangre humana, que no nos dejaron un segundo de sosiego en todo el tiempo que duro este trabajoso reconocimiento. Sus aguijones ponzonosos nos cubrian de ronchas picantes, de sarnas contagiosas, en que se anidaban talvez, y se nutrian las ninfas ó gusanos. Cargarou con exceso las plagas de mosquitos, gegenes, tábanos y otras muchas moscas de varias especies, que segun las estaciones se reemplazaban unas á otras en las horas del dia y de la noche.

El 11 de Febrero llegamos á los ranchos de las canoas, no obstante que por la mañana nos dió un fuerte desmayo por la falta de alimento, la fatiga del camino y la fiebre que nos affigia desde tres dias, y que solo aflojó el cuarto. Pero permanecimos algun tiempo con la boca y los labios llagados de la fruta del *guembé*, que solo la necesidad pudo decidirnos á comer, y con las plantas de los pies hechas pedazos en los bañados, espinos, riscos, zanjas y cerros escabrosos y eminentes.

Nuestro concurrente Fonseca volvió al campamento general del Nucorá-guazú: pero nosotros, sin embargo de nuestra triste situacion, resolvimos perecer en aquel inmenso desierto, antes que desamparar el puesto sin expresa órden de nuestro comisario Alvear.

Dimos cuenta de todo lo ocurrido hasta aquel dia, y del prudente partido que habíamos tomado, remitiendo los mas graves de nuestros enfermos con el mismo Joaquin Felix da Fonseca, que se separó de nosotros el 20, dejandonos cinco soldados, cuatro indios remeros y dos *Curitibanos*. A su llegada á los ranchos de la costa meridional del Uruguay, el dia 23, puso todo en conocimiento de su comisario Roscio, quien le mandó el cirujano de su partida para administrarle algun remedio paliativo; ordenándole, que luego que se aliviára, volviese á reunirse á nosotros para proseguir el reconocimiento del Pepirí hasta sus últimas vertientes.

Nosotros recibimos tambien órden de nuestro gefe Alvear de aguardar al dicho Fonseca: la que vino acompañada de unas canoas con víveres, que no podian llegar mas oportunamente, porque apenas contabamos con dos al-

mudes (2) de habas secas para diez indios, tres paraguayos con su oficial, y tres dragones.

La fatal navegacion del Pepirí convenció, y obligó á los comisarios de las dos naciones á socorrernos con víveres casi todos los meses, por los muchos que se averiaban y perdian en las continuas volcaduras de las canoas. La partida portuguesa sufrió mayores desastres que nosotros, habiendo perdido en estos incidentes varios de sus individuos.

Tardo Joaquin Felix da Fonseca hasta Abril, y solo el 19 de este mes se reunió con nosotros en el Campamento de las canoas. El 23 mandamos al teniente Valdez, al cargo de once canoas, á los ranchos del Uruguay, en busca de víveres, y le entregamos los enfermos, cuyo remplazo hacia notable falta para las atenciones indispensables: pero este dia fué muy trágico, como se verá mas adelante.

Esta misma tarde, y los dos dias consecutivos, se emplearon en hacer los sacos de cuero, para que cada individuo, asi de tropa como indios, acomodase la racion de charque y habas secas que habia de llevar al hombro: la que no podia pasar de treinta y tantas libras, por la escabrosidad del camino, los cerros, despenaderos, zanjas y bañados que teniamos que transitar. Asimismo se dispusieron las tiras de cuero para asegurar la caja del cuarto de circulo, que uno de los indios habia de conducir, alternando con los demas por su exhorbitante peso y volumen. Todo quedo listo y en el mejor órden para emprender de nuevo nuestra derrota.

El 25 por la tarde nos dijo Joaquin Felix da Fonseca, que uno de los indios de su partida acababa de avisarle que los de la nuestra se habian complotado con los suyos, y estaban resueltos á aprovecharse de la noche para apoderarse de las canoas que estaban reservadas para cualquier evento, y desertarse rio abajo, acobardados de los trabajos y hambres que habian padecido en la primera entrada al Pepirí. Este horroroso atentado, del que hubieramos sido víctimas, nos hizo pensar muy seriamente en nuestra posicion, que era bastante crítica, por no poder castigar el delito, ni tomar un partido violento en el aislamiento en que nos hallábamos. De consiguiente, de comun acuerdo convenimos en colocar un centinela de cada nacion, y de toda nuestra confianza, en las canoas, con la órden de no permitir á nadie, mas que á nosotros, el acercarse á ellas, hasta que resolviesemos al siguiente dia lo que habia que hacer. Efectivamente,

---

(2) La undecima parte de la hanega que usan los indios de Misiones Guaranis.

luego que aclaró, mandamos á fuerza de brazos varar las canoas, arrastrándolas sobre durmientes por cincuenta varas, tierra adentro, y dejándolas boca abajo con la quilla al aire. Nos desentendimos por entonces de los delincuentes; pero con esta determinacion se les mostro que no les quedaba mas alternativa que llegar á las últimas vertientes del Pepirí ó perecer en el desierto. Sin embargo de este incidente, continuamos nuestras investigaciones el mismo dia 26, y el 7 de Mayo estuvimos en el punto de donde nos habiamos retirado el 30 de Enero.

La extraordinaria creciente de los arroyos, causadas por las frecuentes lluvias de los dias anteriores, nos obligó á romper por los cerros encumbrados, y las breñas impenetrables, pobladas de la caña nombrada *tacuarembó*; siguiendo la ribera de occidente, cortando zanjas y regajos. En este estado recibimos el 15 un pequeño socorro de víveres, que nos venia del rancho de las canoas, y con cuya escolta remitimos á este punto unos cuantos indios enfermos. En los 26° 20' de latitud austral observada, y despues de andadas como cinco millas, llegamos á un arroyo que, precipitándose del cuarto cuadrante, disputaba al rio su magnitud. Lo seguimos algun tanto, pero torciendo demasiado al SO, rumbo que nos alejaba mucho de las vertientes del rio *San Antonio*, le abandonamos á media tarde, y tomamos el brazo de NE por ser el mayor.

El 22, á las diez millas, subimos una hermosa catarata, que arrojaba el caudaloso torrente por una elevacion de 50 pies, repartido en cuatro caños distintos, al que le llamamos *Salto Catorce*: y remediando nuestras necesidades con una abundante cosecha de piñones, gustoso y saludable *maná* que una próvida mano nos deparó en aquel espantoso desierto, montamos otros tres saltos de menor altura, todos formados, como los anteriores, por la alternada fragosidad y planicie del terreno.

Cruzamos el 27 el paralelo de 26° 12', donde debia hallarse el *curi*, ó pinal de las dichas puntas ó vertientes del citado San Antonio, dos millas mas al O.

El 28 finalmente, andadas otras dos leguas, topamos con un pequeño y barrancoso manantial, cercado de un tremedal arenoso, que dá orígen al dicho Pepirí, en los 26° 10' de latitud meridional observada, y que baja de una colina de 400 pasos que, tendida de O á E, reparte tambien sus aguas al N.

Trátose luego de reconocer esta colina, y se empleó hasta el dia 31 en examinar su falda oriental, en la distancia de dos leguas. De su extremo nacia un rio como de cinco á seis brazas, con dos y tres cuar-

tas de hondo:—fondo pedregoso, orillas barrancosas, pobladas de grandes *tacuaras*, y que, formando en sus arranques una hermosa confluencia, se dirigia al NE. Desde el 1.º hasta el 5 de Junio examinamos la pierna occidental de la misma cuchilla, que, terminando á las tres leguas, formaba con sus derrames otro rio de mayor caudal que el primero, y que discurria al poniente el largo trecho que alcanzaba la vista.

Es, pues, evidente, que en la dicha colina no están las vertientes del rio San Antonio, que los demarcadores del ano de 1759 tan erroneamente supusieron fronte izas é inmediatas. A mas de que, la mayor parte de los soldados de ambas naciones que venian con nosotros, acompañaron á D. Andres de Oyarbide y á Francisco das Llagas Santos en el reconocimiento que hicieron del San Antonio el ano de 1788 en nuestra expedicion al Paraná; y todos declararon, conforme á lo que en su relacion dicen los dichos geógrafos Oyarvide y Llagas, que el San Antonio tiene sus primeras puntas en un banado intransitable, y el Pepirí comienza en la falda de una hermosa, despejada y seca colina, cubierta de pinos, ó *curis*, como los llaman los indios.

No habiendo hallado las vertientes del referido San Antonio, el dia 6 á las 8 de la manana, dispusimos nuestra retirada, enviando antes unos enfermos, de los que murió uno de hambre y cansancio en el camino. El 10 tropezamos con la segunda conducta de víveres, ó mas bien, con los conductores, que en vez de socorro, nos hicieron mas embarazosa la manutencion de la comitiva. Contabamos ya veintiun dia de marcha, y no pudiendo ser la carga de un hombre, particularmente en aquellos asperos y pantanosos terrenos, mucho mayor que lo que necesitaba comer en ese mismo tiempo, por mas arreglada que fuese su racion diaria, que solo constaba de catorce onzas, (3) era tan poco lo que sobraba, que apenas alcanzaba para el regreso de los mismos que nos debian socorrer. Por último, á fuerza de industria, y supliendo la escasez con alguna caza, aunque poca, las frutas silvestres, miel y otros recursos que nos proporcionaban los bosques, pudimos el dia 19 llegar á las canoas y el 21 á los ranchos del Uruguay, de donde habiamos salido el 8 de Diciembre del ano anterior. El 6 de Julio entramos al pueblo de Santo Angel, con toda nuestra partida en la mayor miseria y desnudez, con las pier-

---

(3) Extraña providencia de la Junta Superior de esta capital, que sin informarse qué clase de trabajos y fatigas iban á practicarse, y con qué especie de gentes, y sin saber lo que era charque de unos toros flacos, asignaron catorce onzas de charque ó habas secas en las 24 horas á cada uno de los individuos, quedando muy satisfechos de sus buenas disposiciones, etc.

nas hinchadas, el cuerpo cubierto de llagas, y las barbas largas como anacoretas.

Los Comisarios, que nos vieron en tan infeliz estado, se compadecieron de nosotros, y nos dieron las gracias por el fiel desempeño de tan importante comision, cuyo resultado era el reconocimiento de unos parages enteramente ignorados hasta entonces. (1) Despues de restablecidos, pusimos en limpio nuestros trabajos, y entregamos á nuestro gefe el plano del Pepirí, y el cuaderno de la derrota con todos sus incidentes.

Es, pues, en resumen, todo el curso del Pepirí, de 21 leguas á los 15° SO, desde su origen principal, en los 26° 10' de latitud meridional observada, hasta su barra en los 27° 10' 30. La misma distancia no bajaria de 44 leguas si contasemos sus numerosas y complicadas vueltas. Los saltos mas considerables son diez y siete, é innumerables los arrecifes: de suerte que no dá media legua de navegacion tranquila y libre de riesgos en toda su extension. Nosotros, aludiendo á no haber hallado el *curi* de las puntas de San Antonio, como queda ya indicado, grabamos en varios árboles la inscripcion que ya se ha visto, de *saliens in montes, &c.* : y en su entrada en el Uruguay, debajo de la plancha de cobre que pusieron los ingenieros de la primera subdivision, dándole mal á proposito el nombre de Pepirí, pusimos : "*Pepiri prædato nomine vocor. A. de* 1790."

Duró esta trabajosa expedicion siete y medio meses, en que padecimos lo que no es posible expresar : y es de nuestra obligacion manifestar la paciencia, constancia y sufrimiento de todos nuestros compañeros en aquel cúmulo de trabajos, hambres y aflicciones: en particularidad el teniente Valdez, que en el terrible dia 23 de Abril, de acuerdo con Fonseca, fué con once canoas al Uruguay á buscar víveres y gente para reemplazar á los enfermos. Con motivo de las lluvias anteriores, habia crecido tanto el rio, que al emprender su marcha, fueron á nuestra vista, unas sumergidas y otras empujadas con violencia contra las rocas: siendo lo mas doloroso la perdida del dragon portugues, llamado Cipriano, que desapareció en las olas, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarle: causándonos tanto mas sentimiento, cuanto mas recomendables eran las prendas que le adornaban en su temprana edad de 20

---

(1) Desde la cruz que grabaron los demarcadores de 1759, (como ya queda dicho) hasta las vertientes del Pepirí, nadie habia estado, y de consiguiente eran desconocidos aquellos desiertos : de ahí provino la equivocacion de que las cabeceras de San Antonio eran fronterizas muy inmediatas con el Pepirí.

años. En aquel conflicto, y en la confusion producida por el mormullo de las aguas, los gritos y clamores de los náufragos; unos agarrados á las ramas de los *sarandís*, donde apenas podian sostenerse y resistir á la impetuosidad del torrente, y otros medio ahogados y pendientes de una roca, &a., con la mayor serenidad y destreza nuestro Valdez, con uno de su miliciano, se arrojo en una pequeña canoa, y asiendo al uno y amparando al otro, libro á muchos de la muerte, sugetando á cuatro canoas que, hallándose ya sin tripulacion, eran arrastradas de la corriente.

(Tomo II, cap. I.° *Del Diario inédito de la demarcacion de límites*, por el Señor Coronel D. Jose Maria Cabrer.)